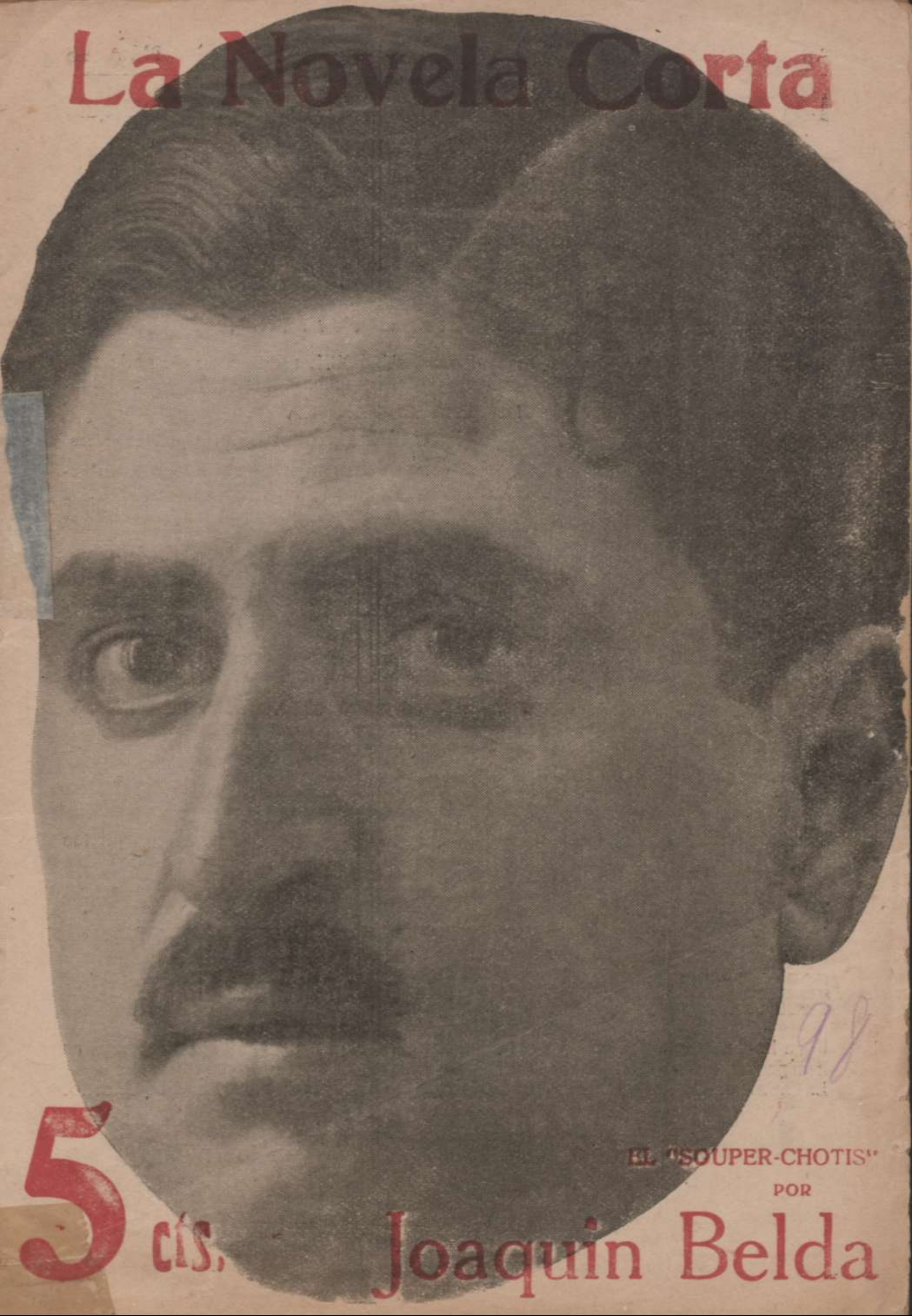


La Novela Corta



98

EL "SOUPER-CHOTIS"

POR

5 cts.

Joaquín Belda

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

**HOMENAJE A LOS NOVELISTAS
ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX**

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **UNA SOLA OBRA** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

LARRA.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Don ho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El Señor de Bombibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dios.
OTEG Y FIS.--Abelardo y Eloisa.

HARTZENBUSCH.--La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China.
AIGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Bellafior.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.--El Cura de aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CANOVAS.--La campana de Huesca.
VICETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALAGUER.--La espada de muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

FERNAN CABALLERO.--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un sastre.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matrienses.

PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
CLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
ALARCON.--El Niño de la Bola.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORRILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.

BECQUER.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GARCIVET.--Pío Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.

EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por LA C. DE PARDO BAZÁN, RODRÍGUEZ MARÍN, AZORÍN, M. BUENO Y CRISTÓBAL DE CASTRO.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán interpolados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

DNU

8806

T. 256837

C. b. 1554089



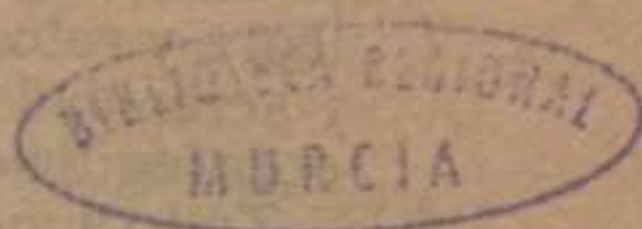
EL "SOUPER-CHOTIS"

NOVELA INÉDITA

POR

JOAQUÍN BELDA

R. 463163



Cuando Matías salió a la puerta, era aún noche cerrada; o su reloj estaba tonto o el padre Sol aquel día se había retrasado una hora. Y el hostelero tenía tal confianza en su cronómetro—un extraplano regalo de su mujer el día en que les nació el primer hijo—que no vaciló en echarle la culpa al astro rey.

Se dispuso a proceder en todo como si efectivamente fuesen las seis y media: acabó de abrir la puerta, plegando a cada lado las hojas de madera, colgó en lo alto la gran muestra, especie de ejecutoria y blasón de la casa, un tablero rojo en que, con letras muy azules, decía: «ALIVIO DE CAMINANTES», sacó a la calle las dos mesitas con sus sillas correspondientes y... esperó.

Así llevaba treinta años; tenía veinticinco cuando, a la muerte de su padre, se hizo cargo de la casa, que entonces no era más que una modesta posada a la orilla de la carretera de la Coruña. Y Matías Lebrón, a fuerza de trabajo, de honradez y de arte, había convertido primero la posada en fonda, había transformado después la fonda en hotel campesino, y ahora, dando un salto mortal en las tinieblas, se disponía a cambiar el hotel en un cabaret europeo... y todo ello sin moverlo de su sitio.

La mañana de Noviembre era de las que vienen atizando: hacía un frío, si no precisamente polar, al menos algo siberiano. Poca suerte tenían don Isidro y su amigo; al despedirse tres días antes en el café Oriental, habían dicho a Matías:

—Pasaremos allí el día y lo arreglaremos todo; para aprovechar bien el tiempo iremos con la fresca. Antes de que salga el sol.

¡Y tan fresca como iba a ser! El dueño del *Alivio*, queriendo recibir dignamente a sus visitantes, fué a prepararles lo que más grato podía serles a su llegada: un frasco de aguardiente de moras, templadito al baño de María; las mo-

ras les servirían de desayuno, y el aguardiente, si no se atrevían a beberse, lo podían usar para darse friegas por el cuerpo, remedio infalible contra el frío.

Todo era poco para agasajar a los sujetos que esperaba; porque eran ellos, ellos mismos, los que, con su experiencia del negocio, iban a ayudarle a convertir el modesto hostel campesino, alivio de carreteros y de motoristas, en el espléndido cabaret rural que dentro de unos meses, como una sucursal del Infierno en medio del campo madrileño, iba a ser el punto de reunión de todos los juerguistas y calaveras de la corte.

La idea no era suya; el señor Matías lo confesaba con modestia; como casi todas las grandes concepciones que han formado el ideario de una época, se la había dado hecha la realidad. Su labor no había consistido más que en acariciarla, mimarla, y, cuando a fuerza de mimos la creyó madura, disponerse a convertirla en cosa real, último fin de las ideas fecundas.

Desde hacía unos años, durante los doce meses, y especialmente en los que corrían de Abril a Octubre, Matías Lebrón había ido adquiriendo una jaqueca criminal, en fuerza de oír desde su casa los sonos de una musiquilla siempre alegre y retozona, los ecos de unas carcajadas, que sonaban como latigazos en la serenidad de la noche, y los taponazos de unas botellas de champagne, a veces legítimo, que eran como salvas hechas a la salida de la luna.

Todo aquello venía de los merenderos de la no lejana Cuesta de las Perdices. Lebrón lo oía desde la humilde piojera de su casa—que, aunque él llamaba hotel, no era más que una pretenciosa casa de comidas,—en la que, durante la noche, no solían acompañarle más que algunos jornaleros de una finca vecina, que se hospedaban allí, y tal cual excursionista de moto al que se le había acabado la gasolina.

En el zaguán que hacía de comedor, alumbrado apenas por una lámpara de cinco bujías, el dueño de la casa se consumía de envidia imaginando cómo estarían a aquellas horas los establecimientos de la Cuesta: luz por todas partes, los salones y los reservados pletóricos de gente, y el dueño teniendo que vaciar cada dos horas los cajones de la registradora, en los que ya no podía entrar el dinero ni con recomendación.

Alguna de aquellas casas—la del Pachorra—la había conocido el propio señor Matías hacía tres años en lo que pudiéramos llamar su estado natural: era sencillamente un tejatillo a medio derruir, el *tejatillo de Calixto*, como le llamaba todo el mundo en el contorno, especie de hangar de adobes, en el que se refugiaban de noche todos los húngaros con oro que vienen a Madrid en las primaveras, y en el cual la cosecha de pulgas era tan abundante, que un industrial de Madrid había pensado hacer el gran negocio: amaestrarlas a todas, enseñarlas a escribir a máquina y poner con ellas una agencia de mecanógrafas para hincharse materialmente de ganar dinero. Aún hoy en día, después de convertido el tejatillo en paraíso de todas las voluptuosidades, la plaga de bichitos era tal en los reservados, que los camareros las tenían que cazar con una jauría de mastines al hacer la limpieza por las mañanas.

Y es lo que pensaba Matías Lebrón:

—En mi casa no ocurre eso; ¿por qué no he de atreverme? Aquí no hay pulgas ni en la caballería—léase cuadra—; lo único que hay son ratones y cucarachas, dos clases de animalitos que huyen al galope en cuanto huelen una persona.

Y un día se atrevió; para hablar del asunto vendrían hoy a su casa don Isidro y su amigo.

Matías salió al portal por si los oía venir. Clareaba. El Sol, aunque con un retraso de sesenta minutos, acudía a cumplir con su deber; el astro del día asomaba ya por encima de las frondas de la Casa de Campo, con cara de hombre a quien se le han pegado las sábanas y llega presuroso y a medio vestir a la oficina.

Matías le miraba salir como una moneda de oro recién acuñada. Lebrón no era un simbolista, pero en aquel momento, influido por la poesía de la Natura-

ieza, pensó que también para él, con el día que empezaba, llegaban el bienestar y la fortuna; llegaban con retraso, como el Sol, pero ya estaban allí para llenarle los bolsillos de aquellas moneditas de oro, de las cuales el padre de la luz parecía ahora una gigantesca ampliación.

Los que indudablemente llegaban con retraso eran el señor Isidro y el otro. —Iremos con la fresca—habían dicho.

¡Vaya usted a saber lo que aquellos sujetos entenderían por *la fresca*! Matías avanzó en la pequeña loma sobre la que se asentaba la casa hasta dar vista a la carretera. ¡Nadie! En aquel momento se acordó de una cosa y, dando un salto, plantóse en la cocina: liándose las manos en un paño retiró de la cacerola en que las moras en aguardiente tomaban su baño de María, el frasco que contenía aquéllas. Si se descuida un poco se fríen.

En la claridad de la mañana parecióle oír unas voces lejanas aún, pero que se iban aproximando. Salió, y allá abajo, detrás de aquel pequeño oasis de pinos que sombreaba levemente la carretera, vió dos hombres. ¡Eran ellos! El corazón del amigo Lebrón latía con más bríos, como sólo latía una vez al trimestre, los días en que pagaba la contribución industrial.

Bajó a recibirlos a mitad del camino. Cuando aún le separaba de ellos sus buenos diez metros, abrió los brazos, y andando así vino a estrujarlos en una sola pelota, como quien se abraza a un leño en el fragor de una tempestad.

Don Isidro y el otro—a quien desde ahora llamaremos Agustín el *Placas*—dejaron hacer, como dioses familiarizados con toda clase de adoraciones.

Eran dos tipos bastante parecidos, no sólo en el perjeño físico, sino en ese otro motor de índole moral que llevamos todos dentro de nuestro organismo, y al que llamaremos la psiquis. Altos, ventrudos, con el mismo bigote forma felpudo los dos, eran copias distintas de ese original de hombre de negocios madrileño que va para señor, pero que aún no ha dejado de ser menestral: los nietos de esta clase de logreros son siempre señoritos de la crema y se casan con aristócratas arruinadas.

Sin embargo, siendo tan iguales, había algo impalpable que los diferenciaba y daba a uno de ellos—no habrá que decir que este uno era el señor Isidro—carácter de hombre principal y convertía al otro en algo así como su adlátere o escudero.

Isidro Reguera, antiguo agente recaudador de cédulas, habíase convertido ahora en agente de varietés, en vista de que eso de la cupletería iba ganando terreno. En Madrid era el amo cuando se trataba de organizar un buen cuadro para provincias y aun de lograr para alguna empresa de la corte la contrata en buenas condiciones de una artista de postín que se presentaba rehacia. A su tertulia del Colonial—en cuyo mostrador tenía siempre Reguera una cuenta corriente que ni la de Urquijo—acudían los representantes a pedir inspiración, y las cupleterías recién escrituradas a dar sablazos a cuenta.

Todos esos escenarios varietísticos que han ido alzándose en la orilla izquierda del Manzanares, de algunos veranos acá, eran obra de Isidro Regue-

ra, que con artes de taumaturgo transformaba un merendero en un concert, y convertía una cocina, fábrica de paellas, en un kursaal imitación del marítimo de Ostende.

Eso para Isidro era más fácil que bajarse de un tranvía parado; bueno... para Isidro y para su monaguillo Agustín el *Placas*, que era en todo y por todo su segunda persona, su reflejo, algo así como un retrato de tamaño corriente, del cual Reguera resultaba la ampliación.

—Lo primero es que tomen ustedes algo—dijo Matías apenas hubo modulado el saludo.

—Vamos allá—replicó Isidro.

Subieron los tres el liviano repecho que conducía a la tasca bucólica. La oficiosidad obsequiosa de Lebrón no olvidó más que un detalle: haberlos empujado suavemente en la base de la rabadilla para que subieran con más comodidad. El olvido era inexplicable, porque el dueño del *Alivio de caminantes* era un hombre que sabía hacer bien las cosas.

Apetecía el sol, y los recién llegados, sin penetrar en la casa, ocuparon una de las mesas de la puerta.

Matías desapareció un momento: volvió con el frasco de las moras en aguardiente y dos copitas.

—Ahí tienen, para que se entonen un poco.

—¿Qué es esto?

—Moras en aguardiente... o aguardiente de moras, si les parece a ustedes mejor. Creo que les gustará: llevan en infusión desde que comenzó la guerra. Isidro y el *Placas* se miraron con un juego de ojos que quería decir:

—¡Este tío es más infeliz que una fuga de vocales! ¡¡Moritas a nosotros!! Reguera soltó un axioma:

—Bueno, pero el caso es que a mí las moras no me gustan ni en película.

—A mí me perturban—añadió Agustín, haciendo el dúo.

Matías quedó aterrado.

La frialdad con que aquellos hombres acogían aquel bálsamo fuéle directa al corazón. A duras penas atrevióse a balbucir:

—Bueno; pero... un poquito de aguardiente ya beberán.

El agente, mirándole a los ojos, como queriendo que no se le olvidase en la vida lo que le iba a decir, esculpió:

—Yo no bebo más que Insalus, y eso en las comidas.

El otro agregó.

—Pues a mí, si me saca usted del rioja y de la manzanilla... cocimiento de... es que me tambaleo.

Pero don Isidro, que al fin y al cabo no era una hiena, y mucho menos así en ayunas, compadecióse de Lebrón, y comprendiendo lo cruel que resultaría para él y para sus moras un desprecio total, le dijo:

—Vaya, Matías: no quiero que diga usted que se lo despreciamos; traiga usted.

El amo de la casa destapó el frasco; Reguera echóse mano a un bolsillo que llevaba en el friso posterior del pantalón y extrajo de él un encendedor mecánico que—¡los hay caprichosos!—afectaba la forma de un baúl, y desatornillando la tapa del depósito de la bencina, volcó en él media copa de aguardiente.

Un pollito con tomate y unas lonchas de jamón crudo vinieron a sustituir al aguardiente de moras en el desayuno de los visitantes.

Con toda franqueza se lo pidieron éstos a Matías; había que trabajar mucho y era bueno prepararse.

El dueño de la casa tuvo que despertar a cañonazos a su mujer para que procediese a la captura del volátil en el corral que, a modo de patio de armas, ocupaba el centro de la casa; en pelarlo, freirlo y presentarlo tardóse una hora larga, que los tres dueños aprovecharon para desarrollar planes.

—Nosotros hoy—hablaba don Isidro—examinaremos el local, le diremos a usted cómo pueden aprovecharse cada una de sus habitaciones y lo que hay que hacer en ellas para que se verifique la transmutación.

—¿El qué?—preguntó intrigado Lebrón.

—El cambio de esta cochinería que tiene usted ahora por casa, en un cabaret europeo a la moderna, con sexteto de tziganes, reservados con chaiselongue, camareros «bien» y escupideras con trípode de metal.

—¡Ele!—añadió el *Placas*, como quien añade un pensamiento más en un álbum de ellos.

—Verificado esto, le haremos un presupuesto, y, si usted se encuentra con ánimos para soltar la pastizara, le mete mano a las obras y... dentro de cuatro meses, la banda del hospicio, un automóvil que parta de la Puerta del Sol, su miaja de fuegos artificiales: total, inauguración.

Devorado el pollo y lo demás, procedióse a la visita de la casa: era ésta una especie de bodegón repartido en cuatro alas con un patio central no mayor que la plataforma de un tranvía. Las habitaciones, por carecer casi en absoluto de ventanas, eran oscuras y húmedas. De la que con su gran puerta daba a la carretera, arrancaba una escalera que subía a lo que pomposamente llamaba todo el mundo en la casa el piso superior: una especie de torreta no mayor que la cabina de un cine y en la que, para desplegar un catre en toda su amplitud habría hecho falta aserrarle las patas.

El señor Reguera, mientras dando trompicones inspeccionaba la habitación que ocupaba todo el ala posterior, tuvo una idea que, a pesar de la obscuridad en que fué concebida, resultaba completamente luminosa.

—Aquí puede usted instalar un cine: lava un poco las paredes, cuelga una sábana en la del fondo y... ¡vengan películas de serie! Seguramente será el sitio más concurrido del *cabaret*.

En el patio, donde las gallinas poco a poco habían ido extendiendo un tapiz de excremento que llegaba a borrar los guijarros del piso, Reguera se detuvo.

—Este debe ser el jardín de invierno... y de verano.

—Se plantarán unos árboles, unas palmeras de esas que parecen zorros al revés...

—Sí, pero pocos; hay que dejar sitio para el baile, que, sobre todo en verano, tiene que ser aquí. Yo creo que con media docena de eucaliptos sabiamente distribuidos queda usted mejor que D. Cecilio Rodríguez; en la quinta del Atanor se los venden a usted uno con otro a sesenta céntimos el plantón.

—¿No le parece a usted—preguntó Matías tímidamente—que algo de verde por el suelo no haría mal?

D. Isidro no pareció concederle mucha importancia a aquel detalle de ornamentación.

—Bueno: plante usted lo que quiera.

Pero Agustín el *Placas*, que casi no había desplegado los labios, creyóse en el caso de exponer su idea.

—Puede usted plantar unas lechugas. Eso, al par que adorna, refresca. Cuando un parroquiano le pida una ensalada no tiene usted más que salir a la *pelouse* y cogerla.

Para las fiestas *montmartroises*, que serían la gran atracción de la casa, Isidro designó la habitación principal, la de la entrada, con su gran puerta al campo, y en la cual estaba ahora el mostrador, una cocina de hierro y mampostería y unas mesas de pino, generalmente baldadas. Se pintarían al temple los muros y el techo, sobre el fogón se construiría un escenario, y para la orquesta, siguiendo la moda de los teatros ultramodernos, se abriría una especie de pozo al pie del tablado, dentro del cual los músicos harían sonar sus instrumentos como los primeros mártires cristianos tocaban el arpa en el fondo de sus catacumbas. Esto de la orquesta-mazmorra hacía *muy Baireuth*.

Para dependencias, tales como guardarropas, retretes, garage, repostería, bodega y laboratorio de cocina, el agente fué eligiendo al tun tun los rincones de la casa que le parecieron más bonitos; todo era cuestión de levantar unos tabiques, y el que quisiera anchura que se fuera al campo, que bien cerca lo tenía.

Sobre un papel cuadricular, y sirviéndole de regla un cuchillo de postre, trazó Reguera el plano de la edificación. Y a un lado del plano, el presupuesto: una ringlera de cantidades, que venían a resumirse en una cifra total aterradoramente.

Cuando Matías Lebrón puso los ojos en ella, quedó lleno de pavor: una lividez mortal extendióse por su rostro; era su proyecto que se desmoronaba, sus ensueños de grandeza y de oro, que se venían al suelo. ¡Diez y siete mil pesetas!... ¡Y él, que todo lo que tenía ahorrado, muy escondido en el fondo de la pared de su dormitorio, eran unos mil duritos no cabales!

Pero don Isidro, que representaba aquella comedia por centésima vez en su vida, se hizo al punto cargo de todo.

—¿Qué le pasa a usted?

—No, nada..., es que, verá usted...

—¿Le parece caro?

—No, no; eso no. Pero yo, francamente; no sé si podré llegar...

D. Isidro, en aquel mismo momento, dejó de ser don Isidro: abandonó el aire fanfarrón y digno que le acompañaba desde el principio de la entrevista, y poniendo en su voz acentos de ternura, habló así:

—Pero, ¡hombre, Matías! ¡Parece mentira!... ¿Va usted a apurarse por una cosa así?... Entonces, ¿para qué estoy yo en el mundo? Tendrá usted el dinero que le haga falta: yo me encargo de eso...

El dueño del *Alivio de caminantes* hubiera besado las manos de aquel hombre a no ser porque Reguera metióse una de ellas en el bolsillo interior de la americana, y extrajo un papel de barba, doblado en cuatro pliegues.

—Usted echará una firmita en este papelito, y no se ocupe de más. Espero que llene el blanco que he dejado para la cantidad. ¿Cuánto es lo que necesita?

Matías no acertaba a hablar.

—Vamos, amigo Lebrón, ¿tendrá usted bastante con tres mil duritos?

El dueño de la casa respiró.

—¡Oh! Con doce mil pesetas me sobra.

Con una estilográfica llenó el blanco don Isidro y puso el papel a la firma de Matías: éste trazó unos garabatos sin leer siquiera lo que allí decía. Con igual estoicismo hubiera firmado en aquel momento su sentencia de muerte.

Con los primeros céfiros de Abril llegó la inauguración del cabaret. El caminante que pasaba por la carretera de la Coruña podía admirar—con admiración rayana en el éxtasis—una soberbia tabla pintada toda ella de almagre que ocupaba un tercio de la fachada principal; sobre el fondo de pimienta molido se leía en letras azules la pochéz siguiente: SOUPER-CHOTIS. El antiguo letrero de *Alivio de caminantes*, se había ido al diablo como se va todo lo vetusto.

El nombre nuevo fué una de las cosas de la flamante casa en que hubo más discusión. Matías, con sus ardores de novicio, quería bautizar el cabaret de un modo rimbombante y catapúltico, algo muy sonoro que echase la pata a todos los establecimientos similares. Por ejemplo: *El acabóse en tangos y paellas*, o *Las brisas de la sierra del Guadarrama*... Pero Isidro se oponía a todo aquello, diciendo que, más que títulos de un lugar de placer, parecían los de un cuplé para el repertorio de una tonadillera.

No; había que buscar algo que fuese europeo y castizo a la vez, y de una gran sobriedad, con dos palabras a lo sumo, y si podía ser con uno de esos vocablos modernos que se descomponen en dos, muchísimo mejor. Y al fin se le ocurrió lo justo: estaban de moda por ahí los *souper-tangos*, los *souper-foxtrot*, y otras clases de *soupers*, en los que lo de menos era la sopa y aun la cena. ¿Por qué no añadir a la lista uno más? Pero como él quería que el establecimiento del señor Matías no rompiese del todo con lo clásico, pues estimaba que en una prudente amalgama de lo novísimo con lo castizo estaba el éxito, metió lo del chotis, del cual, haciéndole caso a la Imperio, quería él que el cabaret de la carretera de la Coruña fuese majestuoso templo.

La casa, en realidad, había quedado como para gravarla con una primera hipoteca; ejecutados fielmente hasta en sus menores detalles los planes y proyectos del señor Isidro, el cabaret, por su lujo, por su buen gusto, por el aire de cosmopolitismo que en él se respiraba, era una miniatura del *Grand Triángulo*. A la entrada, un salón de muros blancos y luces ocultas en la escocia, esperaba a los satánicos concurrentes a las fiestas montmartroises, en las que reinaría sin freno la locura; el escenario, pequeño, diminuto, *gigoló* como era moda, tenía, sin embargo, la capacidad suficiente para que sobre sus tablas pudiera contorsionar en libertad la cupletista más histérica, por obesa que fuese.

El sitio designado para el sexteto se parecía algo—subterráneo y cavernoso—a la entrada de uno de los evacuatorios de la Puerta del Sol; viendo a los músicos allí cuando estuvieran en funciones, darían ganas de echarles una cuerda para que, agarrándose a ella, pudieran salir de la mina. Pero no importaba; el detalle completaba a maravilla el aspecto total de modernidad que la estancia tenía.

El *clou* del edificio era el parque central con sus avenidas de eucaliptos todavía en el destete, pero promesa de copudos árboles de grata sombra y amoroso frescor. No era muy grande el tal parque; para regarlo todo hubiera bastado con un cubo de agua, y habría sobrado cubo, pero sabido es que las

construcciones elegantes del día no son precisamente ciclopeas; véase Maxim's, véase el cine Royalty, véase el teatro Reina Victoria; eso del gigantismo en la edificación se queda para los Estados Unidos, país de advenedizos y de salchicheros.

En el parque del «Souper-chotis», situado, como el lector sabe, en el patio de la casa, la nota dominante era la intimidad; el día en que se reunieran allí más de seis parejas a bailar, estarían tan íntimas y apretadas como las de un cotillón organizado en la plataforma de un tranvía. Lebrón no había aceptado la idea del *Placas*, aquella *trouvaille* de poblar de lechugas el piso; pero comprendiendo que el verde es color grato a la vista, y que en la suma de los detalles está el *charme* de ciertos sitios, había extendido por todo el pavimento del patio una especie de musgo o verdín de ese que tanto se usa en los nacimientos de la Plaza mayor, y al cual los pies de los bailarines se agarrarían como si fuese pez.

Los cuartitos reservados—ala derecha del edificio—eran la última palabra del buen gusto y de la comodidad; no había mesa en ellos, pues decía Agustín—y júzguese si no acertaba—que la gente no suele entrar allí a comer precisamente; la clásica chaiselongue había sido sustituida por un felpudo extendido en el suelo. Esta era otra innovación de Reguera; Grecia—decía él—era el país clásico del Amor, y en Grecia no se conocían las chaiseslongues.

No fatigaremos al lector con una descripción prolija de todos los encantos que el cabaret del señor Matías encerraba; la servidumbre, formada por un cuñado del dueño, antiguo mozo de equipajes de la estación del Norte, y cuatro mancebos más, vestía toda unos smokings de dril color barquillo, que los días de lluvia se plegaban sobre sí mismos como un portamantas bien hecho. La mujer de Lebrón, una morenucha algo rural, que caía un poco del ojo izquierdo, había sido colocada por su marido en el sitio de más responsabilidad y de mayor peligro de la casa: tocada con una cofia holandesa, y adornado el cuerpo con un delantal blanco de peto, estaba al frente de los waters-closets, como un capitán sobre el puente de su nave. Ella sería la encargada de dar a cada visitante la toallita personal—y no habrá que decir si intransferible—que, como el agua de un Jordán milagroso, lava todas las culpas.

Así, limpio, confortable, bonito, *poli*, el «Souper-chotis» de la carretera de la Coruña sería en los meses de primavera y verano el punto de cita de los juerguistas *bien*, que pasarían en él las horas muertas haciendo gasto, hasta *bien* entrada la madrugada.

Sería algo que estaba haciendo mucho más falta en Madrid que unas Cortes Constituyentes.

¡Sería!... Preciso era esperarlo, pues lo que es hasta el momento actual no lo había sido.

Cumplíase ya un mes de su inauguración, y hasta la fecha sólo habían entrado en él tres consumidores: un joven que penetró una tarde y se comió él solo diez céntimos de aceitunas y una barra de Viena; un peatón que entró a

preguntar si iba bien por allí para Burgo de Osma; y un foragido que, habiendo asesinado aquella mañana en el término de Móstoles a una hermana de leche, venía huyendo de la Guardia civil campo traviesa. Este último entró amenazando al dueño con hacerle un nudo en la yugular si no le escondía en sitio seguro; Lebrón, ante dilema tan radical, señaló al criminal el hoyo en que de ordinario tocaba el sexteto, y, en efecto, tan seguro estuvo allí que, cuando poco después llegó la pareja de civiles y registró toda la casa, hubo de marcharse sin encontrar ni rastro del fugitivo.

Este episodio había sido el único que había turbado la apacible soledad del cabaret en treinta largos días. El local, más que un templo alzado al bullicio y al desenfreno, parecía uno de esos parajes que los hombres desengañados eligen para hacer ejercicios espirituales. De haber existido en tiempo de Carlos V, el César español no habría ido a morir a Yuste; esto de aquí le cogía mucho más cerca.

¿Era una maldición? ¿Es que acaso había corrido por Madrid la voz de que en el «Souper-chotis» las aguas tenían el colibacilo, y las gentes no querían pasar ni por la puerta?

El señor Matías Lebrón, debatiéndose en estas dudas, estaba a punto de perder el exiguo pelo que, a modo de pelusilla de melocotón, le quedaba sobre el cráneo. Su mujer, la señora Ignacia, que aún no se había estrenado como jefa de los cuartos de toilette, había caído en una melancolía de origen neurótico, víctima de la inacción y de la vida sedentaria. La buena mujer, que en el fondo tenía un alma lírica, para evitar que el aburrimiento acabase con ella, se metía a lo mejor en uno de los departamentos reservados y, tirando con fuerza de la cadena del depósito, dejaba caer el agua como en una catarata suiza, con fragores de catástrofe. A eso, en los jardines de La Granja, le llamaban dejar correr las fuentes; aquí, a la pobre señora Ignacia le servía de gran consuelo, como si en la monotonía gris de su vida hubiese puesto un comentario cordial la hermana agua.

El señor Agustín Reguera, las dos veces que había estado en el cabaret después de la inauguración, parecía haber acogido con gran frialdad la situación.

—¡Claro, Matías! No hay que desesperarse. ¡Si esto es lo natural!

—¿Lo natural?

—¡No que no! Estas cosas no se acreditan en un día, ni en un mes. Lo primero que hace falta es que en Madrid se enteren de que en la carretera de la Coruña se ha abierto el mejor cabaret del mundo; y para que se enteren se necesita tiempo. Pero, ¡en cuanto lo sepan!... Bueno, en cuanto lo sepan habrá puñaladas por entrar aquí.

—¿Usted cree?...

Don Isidro casi se indignaba.

—¿Cómo que si lo creo?... Sería la primera vez que me fallara a mí una cosa de estas. Me dejaría cortar el cabello al cero.

La seguridad con que el agente hablaba, contagiándose a Lebrón, era un bálsamo que mitigaba su dolor. Este dolor—no habrá qué decirlo—más que nada era dolor de bolsillo.

No se trataba sólo de lo que se había gastado en convertir su casa en un paraíso, sino de lo que el mantener todo aquello le costaba. La bodega bien provista, en espera de parroquianos imaginarios que se bebiesen todo el repuesto, el sueldo de los criados, los del sexteto y otros gastos menudos, hacían una partida diaria que iba sumando muchas pesetas.

Y era lo peor de todo la incertidumbre, el no saber cuándo iba a terminar todo aquello; los días pasaban y la gente no acudía. Con la entrada franca del verano, había empezado la animación y el bullicio en los establecimientos de la Cuesta de las Perdices y de la Bombilla; el señor Matías, desde la Tebaida de su cabaret, empezó a padecer el tormento, ahora aumentado sobre años anteriores, de oír desde su rincón los ecos lejanos de las fiestas de allá abajo, el martilleo de los pianos de manu brio, el ruido de las vajillas, los gritos y au-

lidos de los juerguistas, que resonaban en los oídos del bueno del señor Matías como un cántico funeral salido del propio infierno.

Por huir de él echaba a correr por en medio del campo en las sombras de la noche, serenándose su espíritu a medida que el rumor se iba apagando como un tren que se aleja en las tinieblas: y sólo cuando llegaba a un sitio en que el ruido había muerto del todo, se dejaba caer en lo alto de un ribazo y allí se estaba hasta que Dios le amanecía.

Para prolongar lo más posible estas excursiones y darles una utilidad empírica, el señor Matías decidió dedicar las noches a la caza del grillo, que por aquellas latitudes se daba con mucha más abundancia que los hombres honrados. Provisto de un cestito en el que llevaba su buen par de tomates, y otro grillo amaestrado para que le sirviera de reclamo, ibase en busca de las tapias de la Casa de Campo, atravesando sembrados y campos de alfalfa, y en un sitio estratégicamente elegido tendía sus redes morales y, armado con un trapo blanco, aguardaba...

El grillo, ora el huérfano, ora el hijo de familia, no tardaba en presentarse: en medio de la negrura nocharniega, se oía el ruidillo de sus patas por la hierbecilla del suelo, se le escuchaba cantar a veces, como canta el reo de muerte en la capilla... Era éste el momento: un pedacito de tomate arrojado, como arrojaban en el Circo los cristianos a las fieras, hacía de cebo; mientras el inocente animal lo mordía, el trapo blanco caía sobre él y ya estaba aprisionado. El cuerpo del cautivo era depositado con todo cuidado en la cesta y... a otra cosa, es decir, a otro grillo.

Hubo noche en que cayeron quince; Matías, de vuelta en su casa con el sol en alto, iba acompañado de una orquesta que salía del fondo del cesto que a él le parecía un concierto de arpas eólicas. Pero otras veces, en cambio, pasaba la noche en claro sin coger ni un prisionero; sin duda los animalitos tenían asamblea en el extremo opuesto del campo y ninguno había querido faltar a la reunión; entonces el amigo Lebrón, al regreso, se entretenía en comerse los tomates de la cesta, que a aquella hora le sabían a jamón bien curado.

En estas sus horas de soledad un odio lento hacia el señor Isidro iba germinando en el corazón del dueño del «Souper-chotis». ¡Ah, si pudiera él cazarlo como cazaba a uno de aquellos animales! ¡Estrujarlo con el pañuelo para no mancharse con la baba inmunda que soltaría al verse aplastado!... Aquel tío presuntuoso era el que tenía la culpa de todo! ¿Quién le mandaba hacerle caso? Claro que era él, el propio Matías, el que le había buscado; pero, ¿por qué el agente no fué lo suficientemente honrado para disuadirle de sus descabellados proyectos, como se agarra por la chaqueta a un semejante cuando se ve que va a tirarse por la barandilla del Viaducto?

Un día, como el señor Matías se entretuviera en el campo hasta muy cerca de las diez de la mañana, oyó al llegar a su casa que un camarero le decía:

—¡Gracias a Dios, don Matías!

—¿Qué pasa?

—¡Ha venido un parroquiano!

—¿Dónde está?

—En el parque: ha pedido una botella de Mahou...

—¿Dices que de Mahou?

—Sí, señor; y ha preguntado por usted.

No quiso oír más: cruzó corriendo el zaguán y desembocó en el patio; en efecto, allí, sentado ante una de las mesas en una butaca de mimbre y saboreando la cerveza y la frescura de la mañana, estaba un sujeto, un tío bastante mal encarado y con un garrote tan grande que parecía que estaba apisonando el suelo con la contera.

Matías se presentó a él derrochando mieles.

—¿Qué? ¿Está buena la cerveza?... Si no está fresca mandaré que le traigan hielo... ¿Quiere usted oír algún disco del gramófono?

A tan amables preguntas el del garrote no contestó más que con monosílabos: al fin, atajando las oficiosidades del dueño, se descubrió: era el agente

recaudador de la contribución industrial que venía a hacer efectivo el recibo del trimestre.

Lebrón se quedó como si le hubiesen dado un palo en la nuca con el bastón gigante del recaudador. No dijo nada: las grandes emociones son mudas, y Matías fué tranquilo a su cuarto, abrió el cajón de una cómoda, sacó de ella los últimos duros que quedaban en la casa, y ¡¡pagó!!

Quiso el Destino—¡oh, las bromas crueles de este sabio motor del mundo!—que en la noche misma de aquel día se presentase en el «Souper», al filo de las once, el señor Isidro Reguera; le acompañaba, o, mejor dicho, le daba escolta, Agustín el *Placas*.

Matías, al verlos entrar por la puerta, ofrecióse a sí mismo hacer un gran derroche de serenidad.

Isidro venía radiante; lo primero que dijo fué:

—Amigo Matías, se acabaron las penas.

Lebrón, contestando a esa especie de salutación del optimista, le dijo:

—Hoy he pagado el recibo de la contribución.

Y lo dijo con toda calma, pero en el mismo tono de voz con que podía haber dicho:

—Hoy me han extirpado un riñón y buena parte del otro.

Isidro se echó a reír.

—¡La contribución! Bastante le va a importar a usted eso cuando oiga lo que vengo a decirle.

Había tal aplomo en sus palabras, parecía tan orgulloso de sí mismo aquel hombre, que el dueño del cabaret por un momento pensó si sus negros pensamientos no habrían sido una tremenda injusticia.

Pero ya el otro preguntaba mirando a su alrededor:

—¿Estamos solos?

La pregunta le supo a Matías a cuerno quemado. ¿Quería burlarse de él?

—Tiene usted unas preguntas y unas ganas de gastar saliva en vano... ¿Que si estamos solos? ¡Como siempre en esta casa!

—Bueno, no importa; vámonos a la calle. Lo que quiero decirle es muy grave y hay que evitar hasta la más remota posibilidad de que puedan oírnos.

—Vamos donde ustedes quieran.

Salieron; la noche era de una serenidad que aplastaba. A lo lejos, como el estribillo de una canción eterna, se oían los ruidos de los merenderos de la Cuesta, pero, en honor a la verdad, habrá que decir que Lebrón ahora no lo oía; tal impresión le habían causado las palabras cabalísticas de Reguera.

¿Qué iba a decirle? ¿Se trataría de una nueva broma?

Isidro condujo a sus acompañantes a la espalda de la casa, y alejándose con ellos un buen trecho en medio del campo, se detuvo al fin. Antes de hablar aún miró a su alrededor a través de las sombras.

Empezó una divagación filosófica que Matías no adivinaba donde iría a parar. Cuando el público no quiere acudir de buen grado a un sitio—decía—se le atrae por la fuerza; todos los medios son lícitos para defender el bolsillo, y el industrial que se acobarda ante el escándalo, se muere de hambre y bien muerto está...

Lebrón no podía más.

—Bueno, sí, señor Isidro, convencido; diga usted lo que sea y no gaste palabras en vano.

—Mire usted, Matías, ¿usted quiere de veras que su casa se llene de gente?

—¡Señor Reguera!...

—¿No le dará cuidado que dentro de unos meses, por efecto de la aglomeración, tenga que ensanchar el local?

—¡Por su madre de usted, hable cuanto antes!

—¿Usted está convencido de que el público es un borrego que va donde lo quieren llevar?

—Convencidísimo.

—Pues bien, amigo mío: en su casa de usted, en ese cabaret que ahora parece el casino de una isla desierta, hace falta que se cometa un crimen lo más misterioso posible, y mejor mañana que pasado.

—¡Un crimen!

—No falla: ¿usted sabe a lo que debe su celebridad el merendero del *Pachorra*, ahí en la Cuesta?

Matías habíase anonadado de tal modo que no contestaba. El *Placas* creyóse en el caso de lucir su erudición:

—¡Toma! A lo bien que hacen el asado de carnero.

—¡Carnero!... ¡Pamplinas! A esa casa viene gente desde que, hace quince años, se mataron unos novios liándose a comer langosta con mayonesa hasta que se les abrió el vientre.

Hubo un silencio: en la lúgubre soledad de la noche campestre resonaba la respiración de aquellos tres hombres como el hálito de tres hienas que acechasen... Matías, con una voz que parecía salirle de la planta de los pies, dijo al fin.

—Señor Isidro, ¿usted no sabe que yo soy un hombre honrado?

—Y ¿qué me quiere decir con esa salida rusa?

—Un crimen en mi casa...

—Yo creí que era usted más vivo: por lo visto, o yo hablo el jabanés o usted no entiende el castellano, señor Matías. He dicho *un crimen en su casa*, pero no he dicho que el criminal haya de ser usted.

—Natural—dijo el *Placas*, llevando, como siempre, el contrapunto.

—Esas cosas, haciéndolas bien, no es preciso que uno se manche en ellas. Puede ser... eso. Unos novios, un marido que sorprende a su mujer lechoneando con otro tío, ¡qué sé yo!

—Sí, pero... ¿dónde están esos criminales? ¡Dios mío! ¡Si a mi casa no viene nadie ni a matarse!

Reguera tuvo una risita de suficiencia que así, en lo obscuro, parecía el abrir de una navaja de muchos muelles.

—Aquí lo importante es que usted se decida: piense en ello, méditelo, y cuando se haya decidido, me avisa. Sepa usted que yo, lo mismo que organizo cabarets y *soupers*, organizo también asesinatos.

Matías Lebrón juraría que pasaba un cuervo rozándoles la frente con la punta del ala. Tuvo miedo, un miedo horrible que le hizo volver más que de prisa a su casa; Isidro, como ya no tenía nada que decir, le siguió.

El dueño del cabaret respiró más tranquilo cuando, después de haberse tomado unos chatos, el agente y su sombra se volvieron a Madrid. ¿Qué clase de hombre era aquél y cuál era su poder extraordinario, para que así dispusiera hasta de las vidas ajenas? Lebrón no había visto nunca al diablo más que una noche que un vecino le invitó al paraíso del Real y vió salir a *Mefistófele*, pero pensó si el tenebroso Reguera no sería Lucifer en persona, venido a la tierra para divertirse a costa de los infelices mortales.

El, por si acaso, al acostarse aquella noche, rezó un padrenuestro a la Virgen de la Paloma, de la que no se había vuelto a acordar desde hacía diez años.

Ya en calma, y viendo las cosas con frialdad a medida que iban pasando los días, el amigo Lebrón se convenció de que Isidro, ni era el demonio ni podía recibir como calificativo más que el de sinvergüenza.

Un sinvergüenza tonto en esta ocasión, porque en realidad, lo que se le había ocurrido no podía ser más inocente.

¡Un crimen! Aun dándolo por cometido—y la cosa no tenía nada de fácil—lo probable era que las consecuencias fuesen precisamente las contrarias de las que Reguera pensaba: la gente huiría aún más de la casa del crimen como de un lugar maldito al que no conviene ni aproximarse.

Y poco a poco, en el cerebro del señor Matías fué elaborándose una idea que, perfeccionada al fin, llegó a convertirse en una obsesión. El señor don Isidro Reguera resultaba un canalla que había querido embromarle con aquella invención estúpida, añadiendo la burla a la estafa. Primero le había arruinado, y después, viéndolo ya al borde de la miseria, quería divertirse con él.

Porque la ruina estaba ya allí, detrás de la puerta como quien dice, acechando para entrar y caer sobre aquellos trastos de opereta, la mayoría sin estrenar, y arramblar después con la casa hasta extinguir la deuda que el señor Matías iba engrosando de día en día. Y de todo ello tenía la culpa el agente de varietés, que sin duda vivía de eso: de dar alas a los incautos para que intentasen remontarse hasta las nubes y aprovecharse del batacazo que, inevitablemente, tenía que venir.

En el cerebro de Matías, que al fin y al cabo no era un modelo en su clase, no vinieron a quedar ya más que dos ideas: fijas, incommovibles, como si las hubiesen sujetado con una tachuela: su ruina... Isidro Reguera.

Ya en los bordes de la locura, un caso fortuito vino a servir de gota de agua que hace rebosar el vaso: uno de los dependientes del cabaret, aprovechando un día de licencia, fué a pasar por el establecimiento del *Pachorra* en la Cuesta de las Perdices; era ya de noche, y ocupando la mejor mesa del local, vió al señor Isidro acompañado por tres mujeres y un par de amigos, y dispuesto a dar buena cuenta de una succulenta cena que acababa de encargarse. Según le dijeron los camareros, el agente era punto fuerte y parroquiano asiduo de la casa, a la que no faltaba arriba de tres o cuatro noches al mes.

Cuando Matías se enteró de esto, su indignación estuvo a punto de congestionarle. Es decir, que aquel tío sinvergüenza se gastaba los cuartos a raudales en casa de su rival. Ni siquiera había tenido la atención de trasladar al «Souper-chotis», al fin y al cabo obra suya, sus viajes casi diarios, que vendrían a beneficiar el bolsillo de su víctima.

Cuando una idea fija se apodera del cerebro de un hombre como el señor Matías Lebrón, se convierte muy pronto en un motor cuyo fuerza nadie sabe hasta dónde podrá empujar. En aquellos días, el dueño del cabaret andaba siempre perdido por los rincones, rehuendo el encuentro con la gente de su casa, como el hombre que necesita el auxilio de la soledad y del recogimiento para madurar un plan que aún esté verde.

Había perdido en absoluto las ganas de comer y, al llegar la hora de la comida, su mujer tenía que llevarlo a la mesa casi arrastras y echarle el alimento con un embudo. Del sueño no hay que hablar: Lebrón llevaba quince días pasándose sus noches en claro y cuando, por acaso, dormitaba un poco, abría al instante los ojos sobresaltado: había visto en sueños la repugnante figura del señor Isidro haciéndole muecas y guiños de burla, mientras se sentaba a una mesa bien servida en casa del *Pachorra*.

Y siempre, de día y de noche, soñando o despierto, el señor Matías Lebrón meditaba, meditaba...

La meditación dió sus frutos.

Después de todo, el señor Isidro no dejaba de tener razón: sí, era preciso que en el cabaret de la carretera de la Coruña se cometiese un crimen. La prueba, por lo menos, había que hacerla; acaso el público, dominado por esa atracción especial que ejerce lo morboso, diese en ir en romería al lugar del hecho.

Y, sobre todo, como así no se podía seguir, el intento de cambio de postura no podía estar más justificado. Si con él nada se lograba, todo quedaría como antes.

Sí, era preciso matar a alguien; la idea se concretó aún más: era preciso matar al señor Isidro Reguera.

Lebrón escribió una carta al agente; en ella no le decía más que esto:

«Me ha convencido usted. Para ultimar detalles, le espero mañana a la una de la madrugada. Estaremos completamente solos. Suyo,

MATÍAS.»

Aquella noche, los criados del «*Souper-chotis*» se vieron agradablemente sorprendidos con la concesión de un permiso para irse de paseo; no habían de volver hasta que pasasen veinticuatro horas, y la mayoría de ellos aprovecharon el descanso para hacer gimnasia, montar en bicicleta, jugar a la pelota, o entregarse a cualquier otro ejercicio violento que les distendiese los músculos atrofiados por dos meses de no hacer nada.

A las once de la noche, el *souper*, vacío y con las luces apagadas, parecía un viejo pontón abandonado en medio del puerto. En la casa sólo quedaban dos almas vivientes: Matías Lebrón y su mujer, la buena y honesta dama a la que los largos días sin más distracción que la de ver correr el agua de los retretes habían servido para curarse de raíz una ictericia crónica que la aquejaba desde que se le malogró su primer hijo.

La noble señora, puesta en autos por su marido de lo que se tramaba, y convencida de la justicia de su decisión, se había brindado a ayudarle, por si acaso él, no acostumbrado a ciertos menesteres, cometía alguna torpeza en el momento culminante. Al hijo único del matrimonio, un chicarrón de diez y sie-

te años, le habían mandado a pasar unos días a casa de una tía suya que tenía un puesto de recoba en la calle de Segovia.

En el patio de la casa, convertido ahora en el parque o jardín de invierno, como sabe el lector, había un gran barreño lleno de agua, y a su lado otro vacío como esperando que se llenase con algo... Junto a ellos había una mesita de las que hubieran debido servir para el té, y encima de su tablero se adivinaba, entre las negruras de la noche, el brillo de una enorme cuchilla de proporciones tales que parecía exigir para su manejo el uso de ambas manos.

Los preparativos eran los mismos que los que suelen hacerse en las casas de los pueblos cuando se trata de confeccionar unas morcillas. Si un curioso, amigo de la familia, hubiese penetrado en la casa y llegado hasta el patio, de fijo habría dicho:

—¿Qué?... ¿Están ustedes de matanza?... Eso es bueno: señal de que hay animalitos que matar.

Y no se habría equivocado mucho.

Las horas que faltaban hasta la una las pasó el matrimonio muy acurrucado en su alcoba y sin atreverse a hablar más que en voz baja. El marido, a primera hora de la noche, y sin duda pensando en lo solemne de los momentos, se había afeitado escrupulosamente y se había lavado las manos, gastando en ello media pastilla de jabón, y frotándoselas después con piedra pómez hasta despellejárselas: esta operación generalmente suelen hacerla los asesinos después de despachada la víctima; pero Matías, considerando que él no era un asesino vulgar, cambiaba el orden preestablecido. Y lo curioso era que sin haber mediado acuerdo entre los esposos, también la mujer se había peinado y ondulado cuidadosamente, como únicamente solía hacerlo años atrás el día de San Eugenio, cuando iba del brazo de su Matías, y muy envuelta en el de ocho puntas, a atracarse de bellotas en El Pardo.

Ahora ya listos, acicalados, dispuestos, no esperaban más que el paso de las horas; estaban como el espectador que, con su localidad en el bolsillo, sólo aguarda en el vestíbulo del teatro a que termine la sección anterior para ir a acomodarse en su butaca.

No se oía el más ténue rumor en toda la casa; por la ventana del dormitorio, que daba al campo, se veía la inmensidad de la noche y se escuchaba el silencio exterior poblado de ruidillos lejanos. El tiempo había dado una rabotada y la noche de fines de Mayo parecía de Diciembre; había llovido durante toda la tarde y ahora corría un viento gris y húmedo que hacía pensar con nostalgia en las prendas de abrigo. De cuando en cuando caía un chubasco breve, de chorros de agua que parecían latigazos, como si las nubes, de camino para otra parte, no quisiesen pasar por allí sin dejar tarjeta.

El fec cariz del tiempo tenía inquietos a los esposos. Matías fué el primero que se atrevió a exteriorizar su inquietud.

—¿Vendrá?—dijo con una voz que parecía un ronquido.

—Si no es muy aficionado a las duchas de regadera, me parece que no viene—replicó la esposa.

—Maldito tiempo.

—La verdad es que has ido a elegir una nohcecita...

—Mujer, yo no la he elegido. ¡Quién iba a figurarse ayer cuando escribí la carta que iba a volver el invierno!

Sin embargo, no tenían razón para quejarse; la Naturaleza, la eterna cómplice, quería tomar parte en la *mise en scene*, brindándoles una noche clásica de asesinatos. En el cielo una tempestad, en la tierra un homicidio, como dice *Rigoletto*. La sombra y el misterio han sido siempre las compañeras inseparables del crimen.

De todos modos, sería horrible que Reguera, temiéndole a la noche, aplazase para otra la entrevista. Claro que ello no le privaría de morir, pues la sentencia estaba dictada, y no había indulto posible; pero era una complicación, un trastorno grave; suponía otra noche de volver a despedir a la gente,

otras angustiosas horas de acecho como estas, otro día de afeitarse y lavarse las manos, otra ondulación del cabello...

La mujer, de pronto, como si tuviese comunicación con algún espíritu maligno, afirmó:

—¡Vendrá!

—¿Sí?... ¿Por qué lo dices?

—No lo sé, pero me apostaría el cuello. Ha sido una corazonada que me ha dado así de repente. ¡Vendrá!

Y, en efecto, como si algo raro hubiera pasado por la habitación, el matrimonio sintióse invadido desde aquel momento de una confianza incommovible. ¡Vendría! Ya no quedaba más que esperar, y la espera ya no podía ser muy larga, porque acababan de dar las doce.

Matías empezó a pasear la habitación de un rincón a otro como una fiera enjaulada; de cuando en cuando se paraba y llevaba ambas manos al vientre como si quisiera recomendar calma, mucha calma, a algo que bullía dentro; después reanudaba los paseos, que aumentaban poco a poco de velocidad.

Daba a lo mejor grandes suspiros, y hasta una vez dejó escapar, como perdida, alguna frase como esta:

—¡Caray! No contaba yo con esto.

La mujer le preguntó:

—¿Qué te pasa, Matías?

No contestó al pronto; al fin, como si la pregunta le molestase, replicó gruñendo:

—¡Nada, mujer! Cosas de hombres.

Y siguió paseando.

Parecía que desde que tenía la seguridad de que el otro iba a venir, había perdido la serenidad interior y exterior. Conque, es decir, ¿que ya no había escape? ¿Que dentro de poco él tendría que matar a un semejante, con toda frialdad, sin la ayuda del hervor de la sangre que convierte a veces un crimen en una especie de baño tibio? La verdad que estas cosas eran mejores para planeadas que para ejecutadas.

Su zozobra iba en aumento; la piel se le llenó de un sudor frío, y las piernas comenzaron a temblarle; al fin, convenciéndose de que sólo existía un medio de calmar aquella agitación de su conciencia, fuese derecho a la puerta del dormitorio, la abrió con mano convulsa, y se dispuso a salir.

La esposa, toda alarmada, le preguntó:

—¿Dónde vas, Matías?

—¡Calla, mujer! Vengo en seguida.

—Pero, ¿me dejas aquí sola?

—Son dos minutos; espérame.

Tuvo que acelerar el paso, que se convirtió muy pronto en desenfrenada carrera; la conciencia apretaba cada vez más y amenazaba con dar un estallido.

Un minuto después la esposa de Matías, desde la soledad del dormitorio, oyó cómo se extendía por toda la casa un ruido de agua que se despeña; conocía muy bien ese ruido la noble dama: era el mismo que a ella le había curado la ictericia. Y venía a ser como una trepidación de un expreso, cuyo paso por un puente metálico se oye desde una casa bien cerrada; primero se va acercando, luego aturde en toda su plenitud, y después se aleja poco a poco, hasta perderse en el silencio infinito de las cosas que duermen.

Cuando Matías volvió al dormitorio venía ya más tranquilo; no temblaba, el sudor se le había secado, y una decisión heroica parecía llenar sus músculos. Puesto que había que matar, mataría. Después de todo, la muerte es sólo cosa de un segundo, y además el acto de matar es uno de los pocos actos humanos que no admiten rectificación...

.....
En la puerta sonaron unos golpes: Matías y su mujer se miraron: no les había engañado el corazón; aún estaba el do.

Con cautela abrió ella el ventanuco que caía casi encima de la puerta, y miró:

—¿Viene solo?

—¡Claro! Ya se lo daba yo a entender en la carta.

Sin ponerse de acuerdo, sin hablar palabra, marido y mujer empezaron a bajar la escalera; hubo un momento en que él quiso cerciorarse.

—Tú... ya sabes... no tienes más que...

Pero ella le interrumpió violentamente.

—¡Calla! No tienes que recordarme nada.

Le parecía de mal agüero hablar de ellos; sobre que en aquellos momentos sobraban todas las palabras.

Ya en el zaguán, Matías se adelantó hacia la puerta; bajó la voz y, pegando la boca a la cerradura, dijo:

—¿Es usted, señor Isidro?

—Yo mismo—contestó desde fuera el recién llegado.

—¿Viene usted solo?

—No, señor; vengo con dos litros de agua encima.

En el silencio letárgico de la noche, que cortaba a ráfagas el aire de fuera, se oyó, como un lamento fúnebre, el chirrido del cerrojo de la puerta al descorrerse. Como era un cerrojo del tamaño de un palasan, el lamento se prolongó un largo rato. Al fin, la puerta cedió en una de sus hojas, y, muy lentamente, quejándose también en sus goznes, se abrió ante el misterio de la noche.

El señor Isidro Reguera, sacudiéndose como un perro de aguas, puso un pie al otro lado del portal, y pasó.

La cosa ocurrió con la sencillez y brevedad con que ocurren siempre estas cosas.

Isidro dió las buenas noches y Matías le impuso silencio con un siseo prolongado; después, acercándose a su oído, le dijo:

—Sígame usted; vamos hacia el patio.

Y echó a andar delante de su víctima hacia el interior de la casa.

La mujer había desaparecido; pasado el zaguán, el dueño de la casa tenía ya puesta la mano en la llave de la puerta que daba al patio, cuando de pronto, como si bajase del cielo, sintió en plena coronilla un golpe brutal, anonadante, que le hizo caer a tierra como si el techo de la casa se le hubiera venido encima.

Dió un grito espantoso, que no fué sólo de dolor; fué también de rabia, de indignación, al ver que la bestia de su mujer se había equivocado y, confundiendo a él con el señor Isidro, le había tirado el viaje que estaba preparado para el agente.

Porque el plan no era más que una copia del procedimiento que puso de moda el célebre Aldije, *el Francés*, para hacer pasar a sus víctimas de esta vida a la otra con el menor dolor posible. El famoso asesino—que, como fray

Luis de León, tenía su huerto—había sido, acaso sin darse cuenta, un innovador del homicidio; su golpe en la nuca con el célebre *gato*, había tenido ya muchos imitadores, y la Historia seguramente hablaría de él como se habla del golpe de Estado del 18 brumario, comienzo de la apoteosis de Napoleón.

Isidro Reguera, al oír el trastazo y el grito, apresuróse a encender una cerilla; a su anémica luz pudo ver a Lebrón tumbado en el suelo, aunque sin perder el conocimiento; lo que si estaba a punto de perder era toda la sangre de su organismo, pues a raudales le iba saliendo por las dos aberturas de la nariz.

Entre el agente y la dama lo levantaron del suelo y lo depositaron en la silla más cercana. Ella dió vuelta al interruptor de la luz y recibió en pleno rostro la mirada que le lanzaba su marido y la cual quería decir muchas cosas; la pobre mujer estaba aterrada ante su propia obra. Si llega a apretar un poco más, se queda viuda... Y lo que más le apuraba, al pensar en ello, era que se quedaría a pasar la noche en aquella casa, sola con un hombre—Isidro—que no era su marido. Esto, en una viuda, resultaba algo inmoral.

Con ayuda de unos fregados de agua y vinagre en la nuca, Matías fué recobrando poco a poco la perdida serenidad; lo de la sangre lo había atajado a tiempo el señor Isidro metiéndole una bolita de papel de fumar en cada uno de los orificios nasales.

Como una obsesión asaltó la mente de Matías un pensamiento: había que acabar aquello de una vez; el... *accidente* del trancazo no tenía en aquel momento importancia alguna; cuando estuviese despachado lo... otro, ya arreglaría él cuentas con su costilla, y hasta le devolvería el golpe si hacía falta.

La vista de su propia sangre le había enloquecido, y presentándosele todo como a través de una gasa roja, le impulsaba a matar, a emborracharse con aquel líquido color de púrpura que, frito con patatas, lo había comido él muchas veces. ¡Había que matar! Era una sed, una necesidad fisiológica que había despertado sin duda al vibrar con la violencia del estacazo la célula criminal de su cerebro.

Desde la silla en que lo habían sentado veía él tirada en el suelo la estaca homicida: era una rama de pino terminada en una porra por uno de esos caprichos de la Naturaleza, que a veces gasta esas bromas con los vegetales. Matías Lebrón la miraba con cariño, de cuando en cuando sus ojos, separándose de ella, iban a caer en el cogote del señor Isidro, que, grasiento y lustroso, era de esos de tres pliegues que parecen el almohadillado de un vagón de primera.

El agente, pasado ya el susto, quería enterarse.

—Pero... ¿qué ha pasado?

Matías, con la voz débil, habló:

—Esta, que como está medio tonta, al oír nuestros pasos ha creído que éramos ladrones y...

—¡Claro! Como no han avisado ustedes... ¡Yo qué sabía!

—Bueno, mujer, pero has podido preguntar.

—Hombre, eso no—intervino Reguera—; cuando uno cree que hay gente extraña en su casa no se va a entretener a preguntar a lo que vienen.

Lebrón seguía su plan. Mirando la cachiporra de pino, dijo a su mujer:

—No, y no venías sola. ¿De dónde has sacado ese palillo de los dientes?... A ver, tráelo.

Obedeció ella: alzólo del suelo y se lo ofreció al marido.

Pero Matías comprendió que él en aquel momento, con las fuerzas debilitadas, no podía ser el que diera el golpe: sin que lo viera el otro hizo una mueca a su mujer, y, fué tan expresiva, había tanto imperio en su mirada, que la buena señora, sugestionada, se dispuso a obedecer como una autómatas.

El marido quiso, sin embargo, ayudarla.

—¿Qué es eso que hay en el suelo?—dijo, procurando poner cara de terror

La estratagema era de las que no fallaban: Isidro bajó la cabeza para mirar. y los pliegues de su cogote se distendieron, ofreciendo una superficie ca-

plana. La mujer de Matías había quedado a espaldas del agente: el marido le dió una orden rápida con la mirada y la porra de pino golpeó como una catapulta el morrillo de Reguera. Esta vez el tiro no había fallado: sin un grito, con una leve crispadura de las manos, el cuerpo cayó a tierra como cae un colchón arrojado a la calle desde la altura de un quinto piso.

Los esposos se quedaron mirando: no había en sus ojos asombro, terror, ni mucho menos remordimiento. Lo que sí había era la tranquila satisfacción del leñador que en el bosque consigue derribar de un hachazo un gigante alcornoque.

Se había portado bien la señora. Por lo visto el golpe anterior sobre la cabeza de su marido le había servido de ensayo o entrenamiento, como se dice ahora, y Matías, aunque aún le seguía doliendo el testarazo, admiraba los designios de la divina Providencia: porque si ésta no dispone que su mujer se ensaye con él, al dar el golpe al señor Isidro seguramente le hubiera fallado. Y ¡qué enorme conflicto entonces! Todo el plan por los suelos, y el agente, al verse agredido de aquel modo, acaso hubiese sacado un revólver para defenderse; y cuando un hombre saca un revólver, aunque sea descargado, nadie sabe lo que puede pasar.

El cuerpo del señor Isidro dió un bote en el suelo: vivía aún.

La dama lanzó un grito de espanto; el marido, comprendiendo que con gritos no se arreglan ciertas cosas, fué corriendo al patio, cogió el enorme cuchillo que había preparado sobre la mesa y, volviendo con él, lo hundió todo en la garganta de la víctima.

La punta del arma fué a salir por el lado opuesto del cuello, y Matías, ya ciego, loco, saciando ahora sin límites la sed que la sangre de sus propias narices había encendido en él, metía y sacaba la enorme hoja como si quisiera con ella abrir el hueco de un túnel por el que mucha gente hubiera de pasar.

Ebrio, habiéndole tomado gusto a la cosa, avanzaba y retrocedía el cuchillo por entre aquella carne herida, que cada vez iba estando más dócil al paso del acero. Fué preciso que su mujer, más serena de espíritu, le llamase a la realidad con cierta energía:

—Hijo, ¡por Dios!, que se te va a cansar el brazo.

El hombre dió un tirón más fuerte, y sacó la faca de su estuche; mientras estuvo dentro, la sangre salía con cierta timidez por ambos orificios: eran dos chorritos ténues que resbalaban suavemente cuello abajo, hasta formar unos charquitos en el suelo. Pero cuando la herida, libre ya del hierro que separaba sus bordes, pudo abrirse y cerrarse a sus anchas, un chorro de licor rojo como un caño de púrpura líquida, fué a caer al suelo con estrépito.

¡Por fin! Aquello era lo que Lebrón quería. Arrodillado junto al cuerpo, con los ojos muy abiertos y las narices muy dilatadas, parecía aspirar con delicia el vaho caliente de la sangre, emborrachándose con aquel tufillo como si hubiera sido aguardiente.

Su mujer estaba aterrada ante lo que veía. Llamaba a su marido y éste no le contestaba.

—Matías... Matías...

Un ronquido sordo, mas bien un gruñido, era todo lo que salía de aquella boca a cada apelación. Entonces la mujer, sin hacerle caso, se dispuso a proceder por su cuenta.

Teniendo cuidado de no mancharse con la sangre, empezó a registrar las ropas del señor Isidro; poco a poco, en diversos bolsillos, fueron apareciendo esos inocentes objetos que se encuentran siempre sobre los cuerpos de los muertos violentamente: un pañuelo, un encendedor mecánico, un billete del tranvía... y, muy guardada en uno de los bolsillos interiores de la americana, la cartera.

Solo ante ella volvió Matías de aquella especie de marasmo sangriento en que había caído; violentamente, con un zarpazo, la arrancó de las manos de su esposa y se puso a examinarla.

Era una cartera de cuero algo fisada y que, a juzgar por lo que abultaba, debía encerrar los tesoros de Creso: varios documentos y papeles sin valor, unos recortes de periódicos y un billete de diez duros era todo lo que contenía.

Aunque Matías no había matado para robar, seguramente no hubiera experimentado un disgusto muy serio de haberse encontrado allí varios miles de pesetas, aunque fuera en billetes chicos. Pero no lo había querido la suerte. ¡Mejor! Así su acto vindicativo aparecía con todo el desinterés y el romanticismo de lo que verdaderamente era: un desahogo justiciero del corazón.

Por curiosidad comenzó a examinar uno por uno aquellos papelotes: recibos de cantidades insignificantes, un décimo de lotería atrasado, una lista de casas de empeños... pero había uno, el más mugriento y doblado de todos, que Matías empezó a leer con curiosidad y acabó por hacerle soltar un grito de júbilo.

Realmente se trataba de una pequeñez de hallazgo: era el documento que el señor Isidro le había hecho firmar la nohecita de marras como garantía del préstamo de doce mil pesetas. El papelito—que Lebrón había firmado sin leer—significaba su ruina y además su deshonor: porque el agente, para cobrarse aquella cantidad y sus intereses, señalaba un plazo de un año, y al cabo de él, si no se le pagaba íntegra la deuda, se quedaría con el cabaret y todo lo que había dentro, y además—¡y esto era lo befardo!—si él estimaba que todo eso no bastaba, el señor Matías Lebrón se obligaba a trabajar gratis para el señor Reguera en el oficio que éste le señalase, hasta extinguir la deuda con el producto de su jornal.

Nuestro amigo, al leer aquello, que no era más que su ejecutoria de esclavo, miró al difunto como esperando que se disculpase de aquella enormidad; no lo hizo ni lo intentó siquiera, y entonces Matías, tomando de nuevo el cuchillo y empuñándolo con ambas manos, lo hundió hasta la cepa en el vientre del usurero.

Ahora, después de lo que acababa de leer, veía mejor la justicia de su acto, y además comprendía que con él, a pesar de su romanticismo, acababa de ganarse mas de doce mil pesetas.

Su mujer creyóse en el caso de llamarle a la razón.

—Hay que quitar esto de en medio.

Esto era el cuerpo de Reguera. Ella misma fué al patio, trajo el barreño lleno de agua y lavó con él la sangre que había caído al suelo; antes había envuelto el cuello de la víctima en un gran trapo blanco, que no tardó en colorearse con grandes manchones.

Durante una hora larga los dos esposos cavaron un gran hoyo en el centro del patio: sacaban la tierra con movimientos febriles, dándose prisa como si los corriera alguien. Apuntaba ya el día cuando terminaron la faena. Encima de la nueva fosa, y sin duda como tributo a lo egipcio, Matías sembró unas lechugas, aquellas lechugas que como elemento decorativo le había recomendado el Placas, y de las que hasta ahora no había vuelto a acordarse.

Pasaron cuatro o cinco días y el amigo Lebrón empezó a notar con gran sorpresa y no menos contentamiento, que al «Souper-chotis» empezaba a acudir alguna gente.

Al principio eran sólo parejitas, novios o matrimonios jóvenes que habían salido un día de campo y venían a recalar al *cabaret*; entraban recelosos, con cierta timidez, mirando detenidamente a todas partes, y eligiendo casi siempre el parque como sitio para sentarse. Cuando el camarero se acercaba a servirlos, miraban con obsesión sus manos esperando hallarlas cubiertas de sangre, y al salir, después de pagado sin regateo el consumo y otorgada al servidor una espléndida propina, lo hacían de prisa, sin dejar de mirar atrás de cuando en cuando, como para precaverse contra uno de esos peligros más o menos imaginarios que atacan por la espalda.

En los días siguientes, a las parejas había que añadir los grupos de seis y siete individuos, verdaderos rebaños en miniatura, como esas comisiones de fuerzas vivas que vienen de provincias a llevarse la concesión de una carretera y a dejarse unas cuantas canas tiradas al aire, y no precisamente en los Ministerios.

Matías y su mujer no cabían de gozo en el propio pellejo: si aquello duraba llevaban camino de hacerse ricos. Pero el día grande, el día de la apoteosis, fué aquel en que unos industriales de la calle de Calatrava eligieron el local del «Souper-chotis» para celebrar en él la boda de su hija.

Fueron ciento veintidós cubiertos, servidos a pulso por los camareros de la casa, y por el propio dueño, que hacía de maitre d'hotel, con un chaqué ribeteado que había adquirido aquella mañana en el propio Cerrillo. A los postres Matías tuvo un rasgo: mandó subir de la bodega unas latas de anchoas, y obsequió con una a cada comensal. Fué aquello una débil prueba de su júbilo, y además una buena salida para el género, que, comprado de lance, si lo retiene un poco más hubiera acabado por hacer explosión.

La concurrencia era cada día más numerosa y—justo será decirlo—más distinguida. Lo ocurrido para que aquel cambio se efectuase había sido una cosa muy sencilla: *alguien*, unos decían que un pastor, otros que un peatón que circulaba por la carretera, había visto entrar al señor Isidro en el «Souper-chotis» la noche lúgubre. La cosa en sí no hubiera tenido importancia si como le vieron entrar le hubieran visto salir, pero la salida no la había visto nadie y esto era lo grave. Sobre todo coincidiendo, como coincidía, con la noticia de la desaparición del agente de varietés, que ya habían echado a volar los periódicos.

Se empezó a hablar; en torno al cabaret de la carretera de la Coruña comenzaron las murmuraciones, y la gente, curiosa por conocer el sitio del crimen problemático, puso de moda el establecimiento, con gran alegría de su dueño.

De madrugada, alejados ya los últimos trasnochadores, el señor Matías subía a su habitación, y allí, con la puerta bien cerrada por dentro y a la luz de

una bombilla de cinco bujías, contaba y recontaba el dinero que había ingresado en el día. La cosa marchaba cada vez mejor: era, sencillamente, la fortuna que se le entraba de rondón por las puertas de la casa, sin tener que hacer más que abrirle los brazos.

No tenía ni el más liviano remordimiento: lo hecho, bien hecho estaba, aunque a veces pensaba en la enorme gratitud que debía al señor Isidro, autor inconsciente de todo aquello. A no ser por él, por su muerte, que ahora ya parecía revestir los caracteres de un martirio, el «Souper» seguiría siendo una sucursal del Sahara, sin el más pequeño oasis. Si ello hubiera sido posible, Matías le habría alzado una estatua sobre el hoyo del patio en que reposaba su cuerpo cincuentón.

Una noche de fines de Julio, Lebrón, encerrado con su esposa en el dormitorio, terminaba de hacer el balance del día, que había sido de los más opíparos: sobre el tablero de la mesilla de noche se apilaban los duros, en número de diez y siete, las pesetas, que sumaban hasta noventa, y los montones de calderilla, con los que se hubiera podido poner un puesto de cambiante; a ras del tablero, como haciendo alarde de su falsa insignificancia, había unos billetes de Banco, de todos tamaños y clases.

Despuntaba el día, y la lividez de la aurora filtraba uno de sus rayos por el quicio de la ventana cerrada. De pronto, y como saliendo de debajo de la cama, llegó a los oídos de Matías un ruidillo suave, ténue, pero al mismo tiempo sonoro y brillante; parecía la queja dolorida de un enanito que, con la ayuda de un láud microscópico, cantase sus penas a la luna. Parecía eso, pero no era más que el canto de una jauría de grillos, que el amo de la casa guardaba allí y dentro de una jaula.

Lebrón no había abandonado del todo su antigua afición, y todavía, las noches en que la parroquia le dejaba un rato de vagar, se echaba al campo y, buscando un rastrojo propicio, se entregaba a su deporte favorito.

Y ahora, de pronto, aquel ruido que tan familiar le era, producíale, no sabía por qué, un espanto indecible; la imagen del muerto se le apareció de repente, señalándole con un dedo ensangrentado a la vigilancia de unos guardias de Orden público. Le invadió un terror loco; no era remordimiento, no era la amargura de una conciencia que, aunque tarde, recobra su imperio y cae de hinojos pidiendo perdón; era miedo, pero un miedo vulgar y ratonero a caer en manos de la Justicia y terminar sus días en el patíbulo.

¿Por qué el canto de los grillos había evocado en él aquella aparición?... Es un fenómeno de asociación de ideas que se observa mucho en los criminales que son un poco chatos, como lo era el señor Matías; al oír cantar a los grillos se había acordado de los otros grillos, de los de hierro con que se sujetan los pies de los asesinos; eso era todo.

Su mujer, para calmarle, tuvo que subirle media botella de aguardiente. Sólo cuando la hubo apurado, sin dejar de ella más que el casco, recobró la tranquilidad de espíritu. Su esposa no necesitaba esa clase de calmantes; precisamente llevaba unos días en que estaba contentísima: desde que el cabaret estaba lleno a todas horas, ella, como encargada de los cuartos de toilette, no tenía tiempo de aburrirse; se pasaba doce horas al día tirando de la cadena y dejando correr el agua que no había de beber, como dijo el poeta.

En el escenario del salón principal del cabaret; debutaba hoy una cupletista: se llamaba nada menos que la *Ideal Trevijano*, y parecía ser que, buscándose la pulga por todo el organismo, era algo así como un agente investigador de la riqueza oculta, aunque con mejores caderas.

Aquel debut venía a ser algo así como la apoteosis del señor Matías Lebrón; porque la *Ideal Trevijano* había sido hasta dos días antes la emperatriz de casa del *Paehorra*, el odiado rival de la Cuesta de las Perdices. Matías comprendió que había que quitársela, y se la quitó. Para ello empleó el medio que se emplea siempre en estos casos: dinerito rico, y su miaja de mano izquierda.

Aquella noche se había dado cita en el «Souper-chotis» lo mejor y más granado del mundo de la juerga y del tronio. Era a principios de Agosto, y el horno en que se hallaba convertido el centro de Madrid arrojaba hacia las afueras a la totalidad de la población de jarana y bullicio; la carretera del Pardo, desde su comienzo en San Antonio de la Florida, era un jubileo de carruajes de todas clases, y aún de peatones que, deteniéndose algunos en los merenderos y restaurantes de más acá del puente, seguían en su mayoría hasta trasponer la Puerta de Hierro y buscar acobijo placentero en los falansterios de la Cuesta.

Pero hoy, la casi totalidad de estos romeros del placer seguían la carretera de la Coruña, y hacían alto en casa de Matías.

En el patio no podía echarse un alfiler al dar las once. Aunque en él no cabían arriba de cinco parejas, en la actualidad eran lo menos sesenta las que pespunteaban sobre el pavimento, las filigranas de un one-steep; los camareros, al ir y venir entre fatigas y sudores, con las bandejas cargadas de alimentos y bebidas, parecían nuevas parejas que aumentasen el bullicio de la danza.

Pero el cuartel general estaba en el salón del teatro; a las doce empezaría la fiesta montmartroise, y la señal de su comienzo sería la aparición en el escenario de la *Ideal Trevijano*, con todas sus consecuencias.

Cuando los violines del sexteto empezaron a rascar sus cuerdas, afinando el instrumento en el fondo de su caverna, hubo en la estancia un trémolo de expectación. Dióse la luz a la embocadura, y los ocupantes de las mesas adoptaron la postura más cómoda, para que la aparición del astro les cogiera prevenidos.

La debutante era una mujer vulgar; por no salirse del nivel medio no tenía ni siquiera esa gordura fofa de algunas artistas de varietés que las hace asemejarse a un elefante que se hubiera puesto en dos pies.

Indudablemente el secreto de su encanto debía consistir en algún detalle hasta ahora inédito, pero que seguramente aparecería en su número final consistente en la busca y captura de la pulga asesina. Ahora, como número de presentación—¡hay presentaciones hartó molestas!—cantaba un cuplé cuya letra venía a decir poco más o menos:

«Yo he nacido en la calle de Lavapiés,
en el número ciento cuarenta y tres.
En ese numerito que es duplicao,
¡ya le ha daol»

No estamos seguros de que la forma fuera esa, pero las ideas desde luego eran las mismas.

La gente aullaba y aplaudía; en el cabaret no cabía una persona más. Había gente en las puertas, encima del mostrador, debajo de las mesas, y encaramadas en las columnas que sostenían el techo del recinto.

Llegó el momento culminante. Claro que no martirizaremos al lector con un relato detallado y prolijo de todo lo que aquella mujer hacía para buscarse el insecto; todo el mundo sabe que el éxito de esta busca está en que no se lo encuentre, o al menos en que tarde lo más posible, pero lo cierto era que en esta ocasión la *Trevijano* se estaba poniendo pesada.

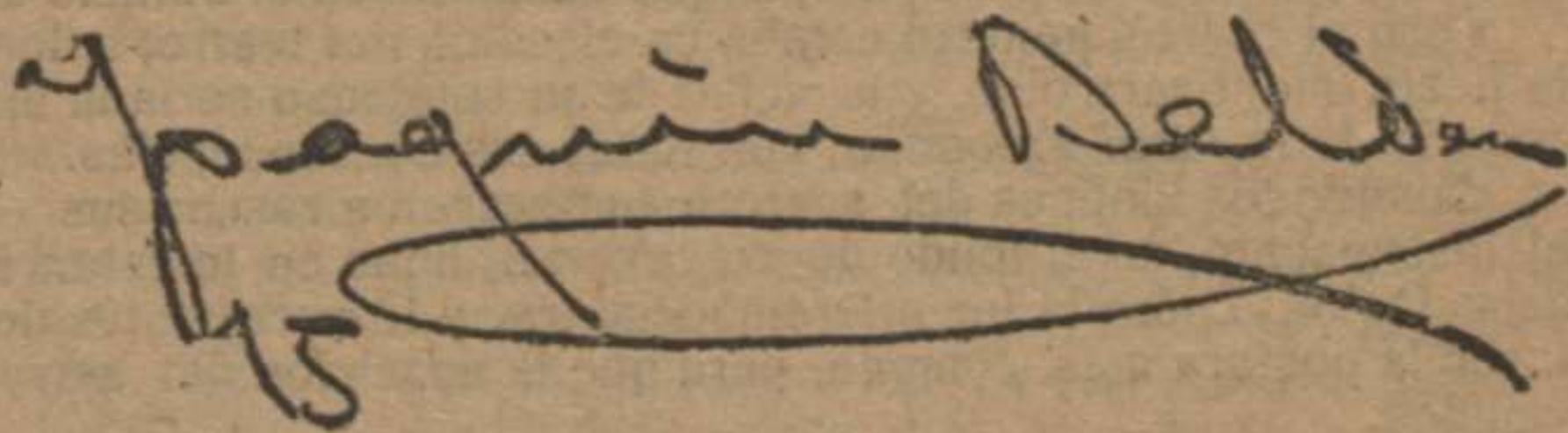
En el público se iniciaron unos murmullos de impaciencia. Lo que ocurría, sin embargo, era muy explicable: aquella mujer había conquistado su nombre y su fama cantando *la pulga* en casa del *Pachorra*, pero nótese que allí, como residuo del antiguo chamizo en que se hospedaban los húngaros con sus osos camino de Madrid, había quedado una epidemia tan formidable de aquellos bichitos que, para quitárselos de encima, hacía falta emplear el revólver. Buscarse allí la pulga era algo tan fácil como buscar un par de duros en el Banco de España. Bastaba con dejar caer la mano sobre cualquier parte del cuerpo para que pudiese asegurarse que se había hecho presa.

En el «Souper-Chotis» era otra cosa: allí la pulga no existía más que como parroquiano transeunte de esos que llegan, se toman media copa sin sentarse siquiera, pagan, se van, y ya no se les vuelve a ver el pelo en todo el siglo. Allí pulgas no. Si se hubiera tratado de grillos...

.....

En el patio las parejas bailaban como si en toda su vida hubieran hecho otra cosa. Matías, desde un rincón, miraba el espectáculo complacido: aquellos bailarines que con tanta devoción ejercían su culto, eran hormiguitas que le iban poco a poco llenando la bolsa, granitos de arena que formaban cada noche el montón adorable de su fortuna. Ellos se divertían y él engordaba. De el muerto no se acordaba ya nadie, pero si les hubieran dicho de pronto a los danzantes que aquellos pasos de tango que ahora daban los estaban dibujando sobre un cadáver, seguramente hubieran echado a correr como locos.

Y el señor Matías Lebrón se habría quedado solo con el muerto que dormía la siesta bajo la tierra del patio.

A large, stylized handwritten signature in dark ink, reading "Ramón Delbón". The signature is fluid and cursive, with a long horizontal stroke at the bottom that loops back under the name.

Madrid. Noviembre 1917

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.- MADRID



Cabello hermoso

El cabello completa la fisonomía de las personas; si varía su cantidad, su color ó su forma cambia también el aspecto del individuo, y una mujer hermosa y un hombre viril, no se conciben sin el cabello abundante y lustroso. Estas cualidades se consiguen con el uso del agua La Flor de Oro, que se vende en las perfumerías y droguerías.

ESCUELA MILITAR

UNIVERSITARIA.—COLMENARES, 5 DUPLICADO - MADRID.—La que más reclutas de cuota ha instruido durante el último curso. Es la preferida por el elemento escolar por sus horas de clase, compatibles con los estudios y demás ocupaciones.

La Novela **TEATRAL**

*publicará mañana domingo día 18,
el célebre drama en CINCO ACTOS,
original de*

D. BENITO PÉREZ GALDOS
títulado

ELECTRA

*El estreno de esta obra por su belleza
literaria y su carácter político, dió
origen a ruidosas manifestaciones de
entusiasmo popular.*

Caricatura de ANA ADAMUZ,
por M. TOVAR

VEINTE céntimos.



POLIZA No 3
seguro de vida

Enjuaga-
garse con

Oxenthol

es suscribir
una póliza
de seguro pa-
ra la dentadura

Frasco grande 5 pesetas
pequeño 2'50. pts.

Creacion de la Perfumeria floralia
De venta en las buenas perfumerias
perfumerias y farmacias